

Michel Foucault, la canción de la libertad

La muerte de Michel Foucault, según un comunicado de prensa emitido por el profesor Paul Castaigne, jefe de neurología del Hospital Sapêtrière de París, sobrevino el 25 de junio de 1984 a la una y cuarto de la tarde. El 28 de junio salió en *Le Monde* un homenaje oficial del ministro de Educación de Francia de la época. “La muerte de Michel Foucault —dice la nota— nos ha robado al mayor filósofo de su generación. Fue uno de los creadores del movimiento estructuralista, que renovó por completo todas las ciencias humanas. No obstante, su importancia en [nuestra] vida intelectual (...) quizá se deba sobre todo a la ori-

ginalidad de su práctica filosófica y al modo en que abrió nuevos campos al conocimiento y a la reflexión histórica: la locura, el régimen penal, la medicina y, más recientemente, la sexualidad. El filósofo también fue un defensor incansable de la libertad, que demostró públicamente en numerosas ocasiones su rechazo a las limitaciones y la represión. Seguirá siendo una de las referencias básicas para todos los que deseen entender la modernidad de finales del siglo XX”. Pero, más allá de este largo homenaje, ¿de qué manera Foucault vivió sus cincuenta y ocho años de existencia? ¿Cuál es la trayectoria vital de ese insigne filósofo?

Paul Michel Foucault nació en Poitiers el 15 de octubre de 1926 en una familia acomodada. Era el segundo de tres hermanos. Nuestro autor solía repudiar la estrechez de su entorno familiar cuando se refería a su infancia. “Quizá el entorno de la familia de Foucault haya adolecido de estrechez mental en muchos aspectos —considera David Macey—, pero también era inmensamente privilegiado. La casa de Poitiers, donde vivía de modo permanente gatos y perros, era lo suficientemente grande como para que cada niño tuviera su propia habitación. A Paul-Michel, a su hermana y a su hermano les parecía algo natural, pero pocos niños de la Francia de preguerra podía pasar las vacaciones de verano en una villa de la familia junto al mar. La Baule proporcionaba los placeres tradiciones de las largas jornadas en la playa, jugar al tenis y las excursiones en bicicleta”.

Tratándose de Michel Foucault, quizá el modo más pertinente para seguir avanzando en estas líneas sea la de retomar aquella pregunta que él mismo se planteó durante una entrevista concedida a François Ewald, en 1984. En esa oportunidad, nuestro autor se preguntaba: ¿en qué podía consistir la ética de un intelectual?. Él mismo respondió

que, a su juicio, “la razón de ser de los intelectuales estriba precisamente en un tipo específico de agitación que consiste sobre todo en la modificación del propio pensamiento y en la modificación del pensamiento de otros”.

Semejante declaración podría relacionarse rápidamente con aquel viejo sueño de los filósofos, iniciado por Platón, del filósofo rey, aquel intelectual que se siente superior a los demás, convencido de haber descubierto la verdad y dispuesto a inculcársela a los demás. Sin embargo, situándose a las antípodas de sus compañeros de profesión, Foucault rehuye de esta alatanería filosófica. “El papel del intelectual, decía, no consiste en decir a los demás lo que hay que hacer. ¿Con qué derecho podría hacer esto? Basta con recordar todas la profecías, promesas, exhortaciones y programas que los intelectuales han llegado a formular durante los últimos siglos y cuyos efectos conocemos ahora. El trabajo de un intelectual no consiste en modelar la voluntad política de los demás; estriba más bien en cuestionar, a través de los análisis que lleva a cabo en terrenos que le son propios, las evidencias y los postulados, en sacudir los hábitos, las formas de actuar y de pensar, en disipar las familiaridades admiti-

das, en retomar la medida de las reglas y de las instituciones y a partir de esta re-problematización (en la que desarrolla su oficio específico de intelectual) participar en la formación de una voluntad política (en la que tiene la posibilidad de desempeñar su papel de ciudadano)”.

Precisamente por estas razones Foucault aborrecía la figura de un intelectual universal, quien pretende dirigirse, desde su altura de visión, en tonos proféticos al pueblo. “Descalificaba la función del intelectual universal —dice Manuel Garrido— que se dirige proféticamente al pueblo y al poder político para corregirlos y orientarlos desde el cielo de la verdad. (...) Al intelectual universal opone Foucault la figura, típica de nuestra época, del “universal específico”, el hombre que domina un campo particular de la ciencia o de la técnica, como la física nuclear, la genética, la tecnología informática o la economía y tiene la capacidad de decidir por ello, en alianza con el poder político, “la estrategia de nuestras vidas y nuestras muertes.

Dicho de otra manera, Foucault está consciente que el trabajo intelectual tiene sus propias especificidades, su propio campo y sus consiguientes limitaciones. Cuando trata de influenciar la

opinión de los demás lo hace desde unas coordenadas determinadas y como ciudadano preocupado por las cosas de su tiempo. En otras palabras, Foucault no rehuye del compromiso de efectuar el diagnóstico psicanalítico de su tiempo y, tampoco abandona el compromiso por su completa transformación. Pero, advierte que cuando lo hace, lo hace como intelectual. Esta honestidad caracterizó al autor de *Vigilar y castigar* a tal punto que dedicó su vida a desentrañar el significado atribuido a términos como la verdad, el poder, la sexualidad. Quiso descifrar cómo estos temas condicionan nuestra vida, *notre soi-meme*, las instituciones de la vida social, nuestras relaciones con los demás etc.

A este respecto, sostuvo que su objetivo consiste en la creación de las condiciones de la libertad. “Sin duda, dice Foucault, el objetivo principal hoy no es descubrir, sino rechazar lo que somos. Nos es preciso imaginar y construir lo que podríamos ser para desembarazarnos de esta especie de doble coerción política que es la individualización y la totalización y la totalización simultáneas de las estructuras del poder moderno. Podría decirse, para concluir, que el problema, a la vez político, ético, social y filosófico,

que se nos plantea hoy es tratar de liberar al individuo del Estado y del tipo de individualización que le es propio. Nos es preciso promover nuevas formas de subjetividad rechazando el tipo de individualidad que se nos ha impuesto durante siglos”.

Como primer paso para llegar a esta libertad deseada, es necesario adentrarse en el estudio del sujeto. No se trata tanto de conocerse a uno mismo, tal como ha sido abordado en la tradición occidental, sino con el objetivo de cuidar al sujeto. Foucault aborda este tema con una pregunta transcendental y a la vez demoledora para la filosofía occidental. “¿Cuáles son las razones que explican el hecho de que la filosofía occidental haya privilegiado el conocimiento de uno mismo en vez de la preocupación por uno mismo, se pregunta? A mi juicio —contesta el autor de *Hermenéutica del sujeto*— se debe a que la épiméleia aparece como algo melancólico, algo cargado de connotaciones negativas, algo a lo que no se le confiere la suficiente capacidad de fundamentar una moral positiva para toda la sociedad”.

Existe una larga tradición, bien enraizada en nuestra historia, que impide que nos preocupemos por nosotros mismos. Nos hemos vuelto unos auténticos austeros de

nuestras propias necesidades. Por eso, de lo que se trata ahora es de revertir la situación si se quiere rescatar al sujeto. Este tiene que empezar a preocuparse por sí mismo, de su propio bienestar, para poder liberarse y liberar a sus semejantes. La liberación no es una tarea fácil, puesto que la sociedad está organizada de tal manera que el poder sobre el sujeto lo detentan sectores dispares, institucionalizados en poder político, tradicional, intelectual, etc., que dicen al sujeto qué deben pensar y la manera de comportarse.

La vida misma de Michel Foucault es testimonio elocuente de una lucha por liberarse, y deshacerse del poder institucional, en todas sus variantes, que se convierten en una camisa de fuerza para el sujeto. Nuestro autor, en distintos momentos de su vida, intentó ligar su concepción de la libertad de los individuos con la militancia política o a favor de derechos de humanos. “Aunque no se refleja siempre en sus obras más importantes —nos dice David Macey—. Foucault fue a veces, entre otras cosas, un activista y un militante político. Durante breve tiempo, en la década de los cincuenta, fue miembro del Partido Comunista Francés... Sus actividades tomaron formas diferentes, que fueron desde la fun-

dación del Groupe d'Information sur les Prisons (Grupo de Información sobre las Prisiones) a comienzos de los años setenta, hasta la organización del apoyo para los disidentes soviéticos y los refugiados del mar, y desde una breve relación con la campaña para legalizar el aborto, hasta actos en solidaridad con los trabajadores inmigrantes de Francia”.

En una sociedad aún marcada por la hipocresía de los valores sexuales defendidos como seguros, por ser tradicionales, y aceptados por todo el mundo, Foucault asumió, de manera más o menos pública, su opción sexual. Vivió su vida junto a su compañero de vida sentimental, Daniel Defert. Hace veinte años murió de VIH sida. Este pensador prodigioso, hijo de una generación de intelectuales, cuyo último representante fue Jacques Derrida, quien acaba de desaparecer por culpa de un cáncer del páncreas, se destacó por su capacidad de criticar su tiempo y de examinar las trampas escondidas del poder en las distintas arqueologías institucionales.

Durante toda su vida, la preocupación central de Foucault fue la de llegar a entender al sujeto y la manera como éste entra en los juegos de verdad. Durante una entrevista con Raúl Fornet

Betancourt, en 1984, cuando se le preguntó por su objeto de reflexión en ese momento, respondió de la siguiente manera: “En realidad ese fue siempre mi problema, incluso si he formulado de un modo un poco distinto el marco de esta reflexión. Siempre he pretendido saber cómo el sujeto humano entraba en los juegos de verdad, y ello tanto si se trataba de juegos de verdad que adoptan la forma de una ciencia, como si se trataba de aquellos otros que se pueden encontrar en instituciones o en prácticas de control. Ese es el objeto de mi trabajo en *Las palabras y las cosas*, en donde he intentado ver cómo en los discursos científicos el sujeto humano va a ser definido como individuo que habla, que vive y que trabaja”.

La enfermedad de Foucault y los esfuerzos del ambiente médico, relatados por Defert, por esconder la causa de la muerte, son un pequeño ejemplo del hecho trágico, que tampoco el autor de *Las palabras y las cosas* pudo vencer las resistencias hipócritas de su tiempo. Las relaciones de poder de sus médicos y su tiempo no permitieron que ni siquiera su compañero fuera informado con exactitud acerca de su enfermedad. Se hizo todo lo posible para ocultar al público que el gran

filósofo sufría de una enfermedad incurable, a la sazón mal vista y atribuida exclusivamente a los homosexuales.

Este último pedazo de la vida de Foucault, contado por su compañero Defert, es la culminación de una biografía bastante rocambolesca y llena de ambigüedades. Aunque es forzoso constatar que a Foucault no le gustaba hablar de sí, ni mucho menos proclamar su vida a los cuatro vientos. Él decía preferir el anonimato. No le gustaba hablar de su propia vida, más que de sus libros. “No considero que sea necesario saber con exactitud quién soy” —dijo Foucault a Paolo Caruso durante una entrevista en 1978—. “El interés principal de la vida y del trabajo es convertirse en alguien distinto al que se era al comienzo. Si se conociera cuando se empieza un libro lo que se dirá al final, ¿se tendría el valor suficiente para escribirlo? Lo que resulta cierto en la escritura y en una relación amorosa lo es también para la vida. El juego merece la pena siempre que no sepamos cuál es el final”.

Escudado en esta particular manera de pensar, Foucault hacía de todo para mantenerse en el anonimato. Decía que escribía para no tener rostro. En una entrevista que concedió al diario francés *Le Monde*, en 1980, con

la condición de que no se revelara su nombre, justificó su búsqueda frenética por el anonimato. “Escoger el anonimato (...) es un medio de dirigirme al lector potencial, la única persona que me interesa aquí, de modo más directo: “Puesto que no sabes quién soy, no sentirás la tentación de buscar las razones por las que digo lo que estás leyendo. Simplemente déjate llevar y concluir “es cierto; está equivocado. Me gusta esto; me desagrada aquello””.

Dicho en otro lenguaje, Foucault quería cerciorarse de que el impacto de sus libros se debiera tan sólo al mensaje interno que cada uno llevara. En este sentido, cada obra debería consistir en un nuevo enfrentamiento con el lector, quien tenía la potestad de aprobar o desaprobado la propuesta. Pero, de ninguna manera, nuestro autor pretendía sacar provecho de su fama. Por eso, no le gustaba hablar de sus obras completas. François Ewald, uno de sus estrechos colaboradores en el College de France, dice al respecto que Foucault “insistía en que sus textos eran un juego de herramientas que podía usarse o descartarse y no un catálogo de ideas teóricas que implicaran alguna unidad conceptual”. Nuestro definió en estos términos su

oficio de escritor: “escribir sólo me interesa en el grado en que se incorpora a la realidad de un combate como un instrumento, una táctica, un medio de iluminar.” No soy escritor, diría, “yo vendo herramientas”.

Aun así, Foucault fue un escritor muy popular al que muchos han considerado como el intelectual francés más importante de su tiempo. En su prólogo al libro *Las vidas de Michel Foucault*, Manuel Garrido resume en las siguientes palabras la fama e impacto del insigne autor de *La voluntad de saber*: “En el curso de la década de los 70 la hegemonía intelectual de Foucault en Francia [era]prácticamente absoluta. Su peculiar imagen “cabeza afeitada [diario ritual que había iniciado en Túnez] y tez de marfil, cierto aire budista y una mirada mefistofélica” era ya mundialmente conocida”. Sus libros se vendían bien y, como académico, influyó sobre manera la vida intelectual de Francia. Algunos sostienen que alcanzó la fama antes, y en mayor proporción, en el extranjero que en su propio país. Por ejemplo, en los Estados Unidos tuvo gran aceptación y Habermas llegó a decir de él que “del círculo de filósofos de mi generación que hacen el diagnóstico de nuestro tiempo, Foucault es quien ha influido de

modo más duradero en el *Zeitgeist*”.

No obstante todo lo anterior, como ya se ha dicho, Foucault estaba harto de la publicidad y buscaba sustraerse, siempre que podía, del bullicio ambiente. En otras palabras, seguía fascinado por el anonimato. En opinión de algunos observadores, había otra razón por la que Foucault estaba obsesionado con que no lo reconocieran. De esta manera, dicen algunos biógrafos, no sólo podía evitar ventilar en público su preferencia sexual, sino que podía frecuentar, sin mayores contratiempos, el ambiente del submundo de las saunas y casas de citas homosexuales. En todo caso, dice David Macey, “la búsqueda de encuentros homosexuales era una actividad solitaria y peligrosa en potencia”.

En algún sentido, se puede afirmar que Foucault convivió a la vez con la fama y con el oprobio social de ser homosexual. Se afirma que durante sus años de estudiante de la Escuela Normal (ENS, en francés), tuvo que visitar varias veces al psiquiatra por padecer de depresiones. Éstas se deberían, en buena medida, a sus preocupaciones acerca de su sexualidad. Jacqueline Verdaux recuerda que Foucault solía desaparecer muy a menudo del centro de estudio y, regresaba cansado y

deprimido, supuestamente después de aventuras sexuales de varios días.

Jean Paul Aron, el primer intelectual francés en admitir públicamente que tenía sida nunca perdonó a Foucault su hipocresía respecto de su homosexualidad y de su enfermedad. En 1987, en una publicación acerca de su enfermedad, Aron declaró lo siguiente en torno al autor de *Historia de la locura*, "era homosexual. Se avergonzaba de ello, pero vivió como tal, a veces de un modo demencial. Su silencio frente a su enfermedad me molestó porque era un silencio vergonzoso, no el silencio de un intelectual. Iba contra casi todo lo que había defendido siempre. Me pareció ridículo".

En definitiva, el autor de *Vigilar y castigar*, tenía el don del hermetismo por excelencia cuando se trataba de su vida sentimental. No se sabe mucho de sus relaciones amorosas. Incluso en torno a Michel Defert, con quien compartió un largo lapso de su vida, nunca se mostró particularmente locuaz. Nunca se refirió a él en sus publicaciones. Solamente quedaron registros de ello en una conversación que sostuvo con Werner Schroeter en 1982 en la

que declaró lo siguiente: "Durante ocho años, he estado viviendo en un estado de pasión por otro. Quizá esa pasión tomó forma de amor en un momento dado. A decir verdad, es un estado de pasión entre nosotros, un estado permanente en el que participo plenamente. Creo que no hay una sola cosa en el mundo, nada, nada en absoluto, que me pueda detener cuando tengo que volver con él, hablar con él". Además, en un pedazo de papel que se encontró entre sus pertenencias y que se supone es su testamento declaró que legaba su apartamento y todo lo que allí había a Defert.

Finalmente, Foucault terminó su vida en los brazos de Defert quien lo cuidó hasta los últimos instantes. Defert organizó unos funerales sencillos y breves que terminaron con la lectura de un fragmento de un poema de René Char:

*Una pareja de zorros agitan la
(nieve,
hollando las orillas de su
(madriguera nupcial.
Por la tarde, el duro amor revela
(en sus parejas
la sed abrasadora en pizcas
(de sangre.*

BIBLIOGRAFÍA

- Burgelin, Pierre. *Análisis de Michel Foucault*, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970.
- Castro, Edgardo. *Penar a Foucault*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1995.
- Deleuze, Gilles. *Foucault*, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona, 1987.
- Foucault, Michel. *Hermeneutica del sujeto*, Las Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1987

- . *La verdad y las formas jurídicas*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1999.
- . *Surveiller et Punir*, Editions Gallimard, Paris, 1975.
- . *L'archéologie du savoir*, Editions Gallimard, Paris, 1969.
- . *Histoire de la folie à l'âge classique*, Plon, Paris, 1961.
- Macey, David. *Las vidas de Michel Foucault*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1993.